

CAPÍTULO VII

EL SACRAMENTO DE LA PALABRA

“Habiendo Dios hablado muchas veces y en muchas maneras...”
(Hebreos 1:1).

El filósofo francés E. Gilson, destaca la diferencia entre la actitud agustiniana y la cartesiana hacia la verdad porque “la de Agustín, en vez de ser un *Método* aplicado a las ideas es una investigación del contenido concreto del pensamiento”. En consecuencia de los dos capítulos anteriores, consideramos la diferencia más bien como de perspectivas. Agustín señala primeramente una jerarquía de seres: lo que meramente es (el sér físico), lo que vive (el sér biológico), y el que conoce (el sér humano). Pero hay un cuarto sér, el que conoce sin ser conocido, el que se revela, Dios. “Resolví”, dice Agustín en sus *Confesiones*, “dirigir mi mente a las *Escrituras Sagradas*. Y ¡he aquí!, percibí algo que los soberbios no pueden comprender, que no se manifiesta a los niños, sino en la medida de un progreso humilde, sublime al cabo de su desarrollo, velado en misterios. Mi soberbia hinchada menospreciaba su estilo, ni podía la agudeza de mi ingenio penetrar en su sentido recóndito”. Esta es la cuarta perspectiva, la de arriba, la mentalidad cristiana descrita en *I Corintios 2*.

La perspectiva cartesiana es la del punto medio, la del conocedor que duda, y porque duda sabe que piensa, y porque piensa sabe que existe. Marx y Darwin

contemplan ese panorama desde abajo, al nivel del gusano y la roca. El historicismo y el sociologismo, Marx Weber y Arnold Toynbee, intentan una combinación de perspectivas: la terrena y la humana. El mundo antiguo conoció también estas cuatro perspectivas. Guardando la reserva que el tránsito del tiempo requiere, podemos simbolizar en Empédocles la perspectiva terrenal, de abajo; en Protágoras, el cartesianismo griego; en Aristóteles, la perspectiva combinada, y en Platón, el punto de vista de Dios, la perspectiva de lo alto.

Para representarnos gráficamente estos cuatro modos de plantearse la relación verídica, figuremos por una horizontal cada uno de estos tres planos verticales: naturaleza, hombre, y Dios. Indicaremos por flechas la orientación dinámica del pensamiento.

Perspectiva Terrenal



7. Dios, si lo hay, también Incógnito
6. La historia futura: determinada desde abajo
5. Nuevas formulaciones de la verdad
4. El presente histórico
3. La Historia, la Sociedad, las objetivaciones culturales
2. El hombre

-
1. La Naturaleza: punto de vista terrenal

La perspectiva terrenal de la pura naturaleza, encuentra allí el origen del hombre, y de las relaciones hu-

Fig. 3

manas. A lo largo del tiempo y en conflicto con el medio ambiente, se efectúa el desarrollo de la sociedad y la cultura. Cultura, sociedad y naturaleza son los determinantes de la historia futura.

En la perspectiva humana, el hombre es la medida de todas las cosas, y crea dioses a su imagen, opina Xenófanes. Aun la propia naturaleza se conoce únicamente en las formas mentales que el hombre le impone. La cultura es un complejo de polarizaciones de la naturaleza, al ser elaborada por la mente humana, una estructura de objetivaciones del espíritu humano.

Perspectiva del Punto Medio

Objetivaciones Culturales

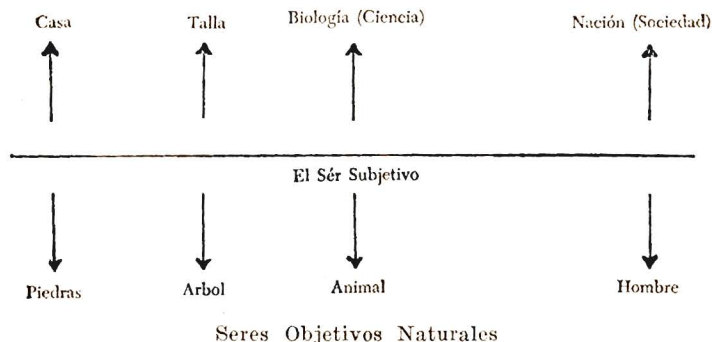


Fig. 4

Partir del momento presente, para inquirir por su trasfondo histórico y natural, punto de apoyo para una superación en lo futuro, es la combinación del humanismo con pretensiones de integral. El hombre sigue siendo el centro; pero sin negar su índole puramente natural.

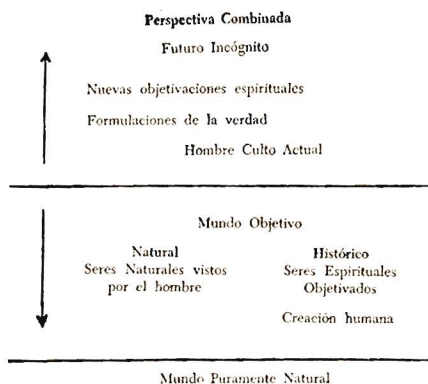
Perspectiva Combinada

Fig. 5

La perspectiva de lo alto es inaceptable para el hombre llamado animal por el Apóstol. La epistemología de estas tres perspectivas no puede aceptar un conocimiento que no derive, ya del plano inferior, ya del punto medio. Lo admite el Señor diciendo: "Has escondido estas cosas de los sabios". (*Matteo* 11:25). Lo admite el Apóstol diciendo: "El hombre animal no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios porque le son locura; y no las puede entender, porque se han de examinar espiritualmente". (*I Corintios* 2:14). "Si loqueamos, es para Dios; si estamos en seso, es para vosotros". (*II Corintios* 5:13). "Nadie me estime ser loco; de otra manera, recibidme como a loco, para que aún me gloríe yo un poquito". (*II Corintios* 11:16). Desde el tercer plano, lo postrero viene a ser primero, y lo primero postrero. Desde el primer plano, primero es lo físico, luego lo biológico, en última instancia lo espiritual. Desde el

segundo plano, lo primero es el dinero (símbolo de la posesión de lo físico); lo segundo es el sexo, la comida, el dominio (símbolo de la posesión biológica); lo último es el prójimo, la sociedad, la cultura, (objetivación de lo espiritual). Desde el tercer plano lo primero es Dios (símbolo de lo espiritual); lo segundo es el prójimo (símbolo de la cultura y la historia); lo tercero es el mundo (símbolo de la providencia de Dios).

El predicador de la verdad evangélica está en la disyuntiva de hablar sin ser entendido, como espiritual, en la lengua de su misticismo, la de su cuarta perspectiva, o de colocarse en la perspectiva de sus oyentes, pero utilizando la cuarta perspectiva como nueva norma de referencia. Recordemos que el punto o contorno de referencia para toda verdad secular es el mundo objetivo, la realidad; pero tratándose de la verdad cristiana, no hay otro fundamento (*I Cor. 3:11*), el único punto de

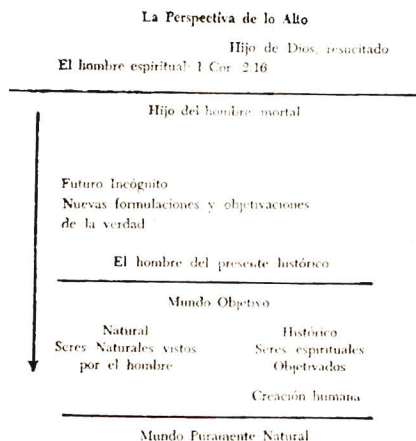


Fig. 6

referencia es la mente de Cristo. Esto es lo que San Agustín supo realizar magistralmente en sus *Confesiones*. (Véase también *De Doctrina Cristiana*, Lib. IV).

Para lograr su fin, el principal recurso del predicador es la lengua. El la adquirió primero, por un proceso de semiconciencia, educado por su ambiente social. Después la cultivó en la escuela, en la lectura, por la composición oral y escrita, por sus estudios lingüísticos y literarios. Ahora, llegado al cuarto nivel de experiencia, a la revelación de la verdad por medio del Verbo Encarnado, tiene que volver al nivel de donde salió, al contorno de lo personal, humano, histórico y social. Utilizando el lenguaje de su prójimo, el predicador ha de comunicarle la nueva verdad, la buena nueva de un descubrimiento, de un nuevo mundo: así lo hicieron los descubridores, conquistadores y misioneros que vinieron, en los comienzos del Siglo XVI, al nuevo continente abierto por Colón para el mundo antiguo. Todas las lenguas del viejo continente enriquecieron a causa de aquellos esfuerzos de comunicación. El *pavo* americano no es el mismo *pavo* real europeo, ni el *león* de la pampa, o las Rocallosas, como el africano; los referentes cambiaron, también las referencias, las palabras *pavo* y *león* enriquecieron su semántica. A pesar del esfuerzo lingüístico, América será siempre una experiencia extraña para el europeo que viene por vez primera al Nuevo Mundo. Siempre lo es cualquier país para todo viajero. Las palabras son una invitación; cuando penetramos en el Nuevo Mundo la invitación adquiere su pleno significado.

El propósito de estos capítulos no es enseñar el uso de la lengua, ni practicar composición oral o escrita; sino

hacer al predicador consciente del proceso lingüístico y la naturaleza de la lengua. La comunicación de lo alto a lo bajo no puede hacerse si no hay en el predicador, "el mismo sentir que hubo en Cristo Jesús" (*Filipenses 2:5*). Tomar el lenguaje terreno, por medio de él transformar la mente, guiándola de nivel a nivel, por el camino la lengua irá adquiriendo una nueva semántica, un valor renovado, sacramental.

"¿Cuál es mi merced?", pregunta el gran predicador de Tarso. "Que predicando el evangelio, ponga el evangelio de Cristo de balde, para no usar mal mi potestad en el evangelio". Ya esto es de la cuarta perspectiva, la de la gracia. "Por lo cual, siendo libre para con todos, me he hecho siervo de todos por ganar a más. Heme hecho a los Judíos, como Judío; a los que están sujetos a la ley (aunque yo no sea sujeto a la ley) como sujeto a la ley, por ganar a los que están sujetos a la ley; a los que son sin ley, como si yo fuera sin ley (no estando yo sin ley de Dios, mas en la ley de Cristo), por ganar a los que estaban sin ley. Me hecho a los flacos flaco, por ganar a los flacos: a todos me he hecho todo, para que de todo punto salve a algunos". (*I Corintios 9:18-22*). Esto mismo ha de hacer el predicador con respecto al lenguaje, principal instrumento de su arte.

Es de notar la importancia preponderante que el Apóstol concede al sacramento de la palabra. Da gracias que ha bautizado a muy pocas personas, "porque no me envió Cristo a bautizar, sino a predicar el evangelio". Y esto, no cualquier palabrería con prestigio de sabia, sino "la palabra de la cruz". (*I Corintios 1:14-18*).

"Procurad los dones espirituales", aconseja Pablo a los nuevos cristianos, sobre todo el don supremo y uni-

versal, el ágape, porque el ágape es para el cuerpo de Cristo como la vida para el cuerpo físico, es el solvente universal, la corriente de poder en la cual fluye la vida unificadora. "Seguid la caridad", y luego, sobre todos los demás dones, el de profecía. "El que profetiza habla a los hombres para edificación, y exhortación y consolación. El que habla lengua extraña, no habla a los hombres, sino a Dios, porque nadie le entiende, aunque en espíritu hable misterios. El que profetiza (en su lengua vernácula), edifica a la Iglesia. Si por lengua no diereis palabra bien significativa, ¿cómo se entenderá lo que se dice? porque hablaréis al aire. Si yo ignorare el valor de la voz, seré bárbaro al que habla, y el que habla será bárbaro para mí. En la Iglesia más quiero hablar cinco palabras con mi sentido, para que enseñe también a los otros, que diez mil palabras ininteligibles". (*I Corintios* 14:1-20). Termina esta nota de filología espiritual con una advertencia de oro para el predicador: "Sed perfectos en el sentido".

Hay tres extremos, claros y distintos, en esta presentación del Apóstol, hecha dos mil años antes de la obra *The Meaning of Meaning*, de los profesores Ogden y Richards. Primero la voz, después el sentido, y en tercer lugar el oyente, el otro. El sentido, o sea la verdad de lo que se dice, reside en el paréntesis formado por la idea y su objeto, su realidad. Contemplada esta ecuación en la segunda perspectiva, la horizontal representa al hombre; en su lado inferior, colocamos la realidad objetiva (referente, en el lenguaje de Ogden y Richards), y en su lado superior, la idea, o referencia mental, a que alude la voz.

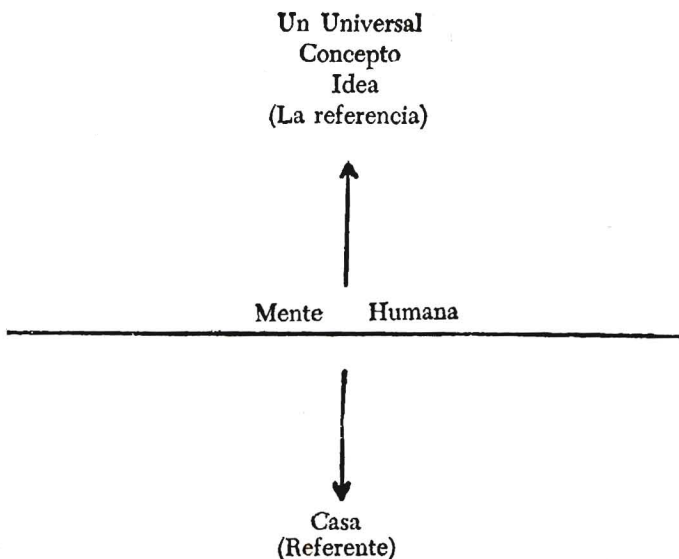


Figura 7

Téngase presente que la voz, la oración, el párrafo o el discurso no se refieren directamente al referente concreto, sino a los universales abstractos, mentales. La verdad, sin embargo, no se comprueba por la mera correspondencia entre el símbolo y su objeto o referente, sino por la coherencia de los tres: símbolo, referencia mental y referente objetivo. El triángulo semántico (el sentido de que habla el Apóstol) se compone, para el que habla, de referente, u objeto de la verdad, en primer término, luego su representación mental, o referencia, y en tercer término el símbolo verbal, la palabra. Para *el otro*, el que escucha, el orden es diferente: primero el símbolo, después la representación mental, y finalmente el objeto último de la conversación o el discurso: la rea-

lidad auténtica. El que habla piensa primero, o debe hacerlo, para tener algo que decir; por eso hemos tratado primero de la verdad cristiana y sus fuentes. Luego viene el esfuerzo, la elaboración artística, para expresar verbalmente sus formulaciones mentales, teniendo en cuenta el tercer extremo del triángulo semántico: el referente, el objeto de la verdad, pues no predica su propia palabra, sino la de la Cruz de Cristo. Pero más allá del referente está *el otro*, el prójimo, "Aquel por el cual Cristo murió". (*Romanos 14:15*). Los objetos últimos de la predicación son dos: el objeto divino y el objetivo humano, el sentido de la Cruz y el hombre natural, para quien el Evangelio nos ha sido encomendado. La formulación linguo-mental no es un fin en sí, es un "poder de Dios para salvación a todo aquel que cree". (*Romanos 1:19*). La predicación profética es el Sacramento de la Palabra, del *Logos*, palabra más idea, viento que esparce la simiente de Dios.

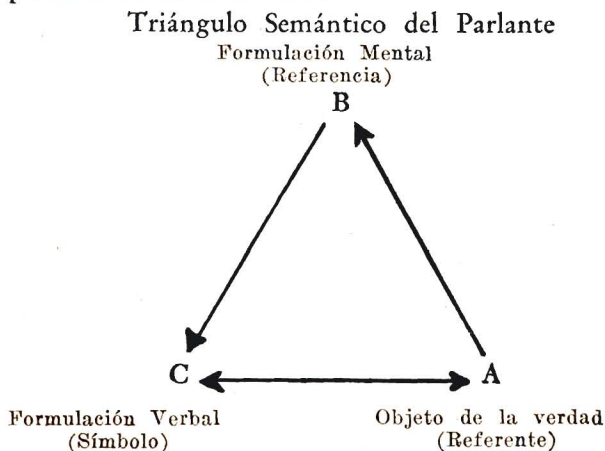


Figura 8

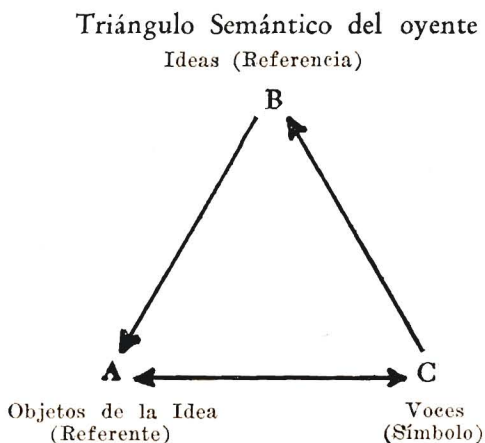


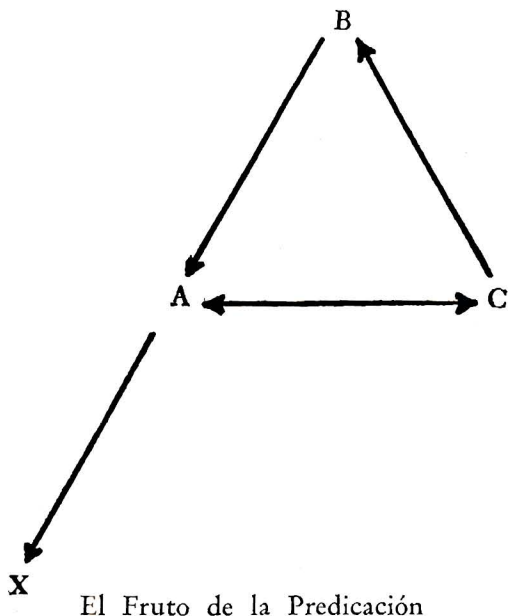
Figura 9

La verdad de la predicación para ambos, parlante y oyente, se certifica por la relación A-C en el parlante y C-A en el oyente. El verdadero enigma para el predicador es si su referencia mental (B) es la misma que sus palabras han logrado evocar en el oyente. Para iluminar este misterio el maestro compone exámenes de toda índole. La Biblia no reconoce más instrumento de juicio que *el fruto*. "Por sus frutos los conoceréis". Si la palabra del predicador regresa vacía (*Isaías 55:11*), es posible que no fuera "palabra de Dios". (*Romanos 10:17*). Sin embargo, cuando la predicación es "en poder de Dios" y no "con palabras persuasivas de humana sabiduría", (*I Corintios 2:1-5*) es preferible no juzgar. "Hablamos sabiduría de Dios en misterio", continúa el Apóstol. Jesús mismo advirtió que "el reino de Dios es como si un hombre echa simiente en la tierra; y duerme, y se levanta de noche y de día, y la simiente brota y crece como él no sabe. Porque de suyo fructifica la

tierra, primero hierba, luego espiga, después grano lleno de la espiga; y cuando el fruto fuere producido, luego se mete la hoz, porque la siega es llegada". (*Marcos* 4:26-9). Esta es la "sabiduría de Dios en misterio", el saber de la fe. El fruto que a veces parece que lleva la palabra puede ser fruto engañoso, de cera y pintura, obra del artificio humano. La simiente de Dios brota y crece como el hombre no sabe, en misterio, como de suyo fructifica la tierra, que es también de Dios.

Puede que el fruto sea tardío, que ni el mismo sembrador lo vea llegar. No importa, el Señor de la mies meterá la hoz a su tiempo. Lo que importa es que haya fruto auténtico. Más allá del referente, la obra de fe, la acción del oyente, revelará al predicador, en parte, si la palabra y su referencia han evocado en su auditor resonancias análogas. Si la palabra regresa vacía, puede que haya naufragado en algún escollo: defectos en el conocimiento del objeto cristiano de la predicación, en su representación mental o en su formulación verbal. Es cuando el alumno aprende a seleccionar su tema, a bosquejarlo, a darle forma literaria, que el maestro puede enseñarle a ejercer consigo mismo la más rigurosa crítica. A pesar de una cuidadosa y reverente elaboración, puede también anular la eficacia de la predicación una incapacidad vicaria, la inhabilidad para colocarse en la perspectiva del oyente.

El triángulo semántico de la palabra eficaz no debe terminar en C. La proyección del símbolo, desde el objeto referente hasta "la fe que obra por amor", (*Gálatas* 5:6) nos da una tercera versión.

*Fig. 10*

El alcanzar esta tercera versión está determinado, para el predicador cristiano, primero por la vocación de Dios, y segundo, por la debida administración del Sacramento de la Palabra.

El verano de 1947 oí al profesor Juan W. Bailey, del Seminario Bautista de Berkeley, California, en una serie de conferencias sobre el Apóstol Pablo, ofrecidas a una selecta concurrencia reunida en Green Lake, Wisconsin. La mañana del martes, 19 de agosto, hablaba de la vocación de Dios para el Apóstol: el Espíritu no le permitió caminar hacia el Ponto; pero le abrió las puertas de Europa. Pasada la conferencia, llamé apar-

te al profesor para plantearle una dificultad con respecto a su exposición. ¿Cómo puede asegurarse el predicador que es Dios y no su propio deseo quien le llama? El anciano maestro se sonrió con amabilidad. “Joven”, me contestó, “voy a darle, no un criterio sino cuatro, para que pueda usted probar los espíritus, si son de Dios”. Entre todas las cosas que podemos hacer, hay siempre una que hacemos de mejor gana y con mejores resultados. En segundo lugar, no sólo nos parece más fácil y nos gusta más, sino que otras personas opinan del mismo modo, convienen en que es eso lo que mejor podemos hacer. Luego, todas las oportunidades se facilitan, aun si tenemos que vencer grandes obstáculos, pero al fin logramos realizar nuestro deseo. En último lugar, y el criterio más definitivo, no es para nuestro propio bien, o de los nuestros, que nos ha sido concedida esa gracia, sino para cumplir la vocación de Dios y el beneficio de nuestro prójimo. En el noveno capítulo hablaremos más en extenso de la vocación del predicador, baste ahora este párrafo para dejar consignado que solamente la vocación concede el poder para que la palabra nuestra sea sacramento de la palabra de Dios, y lleve fruto.

Al escribir para los efesios, el Apóstol repasa en su memoria el momento y el proceso de su vocación, a lo cual llama adopción por Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad. Con ello “sobraba en nosotros”, dice “en toda sabiduría e inteligencia, descubriéndonos el misterio de su voluntad, de reunir todas las cosas en Cristo”. “Todos los que oyen la palabra de la verdad, el evangelio de la salud, son “sellados con el Espíritu San-

to de la promesa, que es las arras de nuestra herencia". (*Efesios* 1:1-14).

Arras, podemos también llamar a la palabra. Cuando los amantes quieren expresar, de modo objetivo y permanente el amor invisible que les condujo a la ceremonia nupcial, lo hacen por la dación de los anillos, el "arrabón" del Apóstol. El anillo tiene un valor material, y un valor simbólico. ¡Cuán imperfecto y cuán mezquino al compararlo con la realidad espiritual simbolizada! Así la palabra, como la danza, la obra musical, el drama, la escultura, el lienzo, el mito, el ritual, la mirada o el gesto, son sacramentos, símbolos en los cuales cifra el espíritu sus más íntimas representaciones.

Un pasaje de *"Las Confesiones"* esclarece, más que muchos volúmenes de filología, lingüística, psicología del lenguaje, y etc., esta índole sacramental de la palabra. "Cuando mentaban algo", dice San Agustín, "y movían el cuerpo hacia ello mientras hablaban, veía y entendía que la cosa a la cual deseaban señalar se designaba con el nombre que entonces pronunciaban; y el movimiento del cuerpo establecía con claridad que era esto lo que significaban. Este es el lenguaje natural de todas las naciones, expresado por el rostro, la mirada, los ademanes, y por el sonido de la voz indicando las afecciones de la mente, mientras busca, posee, rechaza o evita. Así fué cómo, oyendo con frecuencia las palabras, compuestas debidamente en oraciones, aprendí gradualmente de qué cosas eran signos, y habiendo hecho mi boca a la pronunciación de estos signos, expresaba mi voluntad de ese modo. Trocaba con los que me rodeaban los signos con los cuales expresamos nuestros deseos, y así adelantaba más profundamente en la tempestuosa compañía de la vida humana,

apoyado mientras tanto en la autoridad de los padres y los indicios de los mayores”.

El profesor de retórica, Agustín de Tagasta, analiza con claro y compendioso acierto los elementos del aprendizaje de la lengua: la mención, acompañada del gesto dramático, el referente, hacia el cual convergen gesto y mención, la estructura lingüística, en respuesta a la representación interna, o referencia, el esfuerzo fonético y articulatorio, el contorno social, y, para no olvidar nada, el fundamento de autoridad paterna o adulta.

La lengua es el síntoma distintivo por excelencia entre el animal y el hombre. La profesora de Laguna distingue entre el lenguaje animal y el humano, llamando a uno *signo* y al otro *símbolo*. Con esta distinción concuerdan Ernesto Cassirer y Susana Langer. El signo es concreto, ligado a la presencia del referente, no a la abstracción mental de la representación. Para el famoso perro de Pavlov, el timbre significaba siempre la misma cosa. Para mis alumnos de Homilética, a quienes estimula a mediodía el timbre del comedor, la mención *maíz* sugiere: una plantación, las barbas de la mazorca, un plato de *funche*, *marota* o *marifinga*, el saco repleto del precioso grano, la harina, el *sorullo*, el *guanine*, el tamale, el gorgojo de los cereales, la mitología azteca, la cultura incaica, una película en colores, vista el día anterior, titulada *The Golden Grain*, una travesura que alguno de ellos hizo en la tala de maíz, tantas cosas como imaginaciones haya en clase: un solo referente con infinidad de referencias. La experiencia individual del animal infrahumano está limitada a sus necesidades vitales, y así está circunscrita la estrechez semántica de su signo. Pero la necesidad del hombre desborda el marco de sus vitalismos: no sólo el pan, el albergue y el sexo, sino “la palabra que

sale de la boca de Dios". El reino de los cielos es la primera necesidad del cristiano, las demás son añadiduras. Aunque sabe Dios que de éstas hemos menester. (Mateo 6:31-33). Esa ambición de su espíritu produce en el símbolo humano la polisemia, la metáfora, designada en inglés con el término *connotación*, a diferencia del sentido restringido, directo, casi de signo, llamado *denotación*. Esta reside en los diccionarios, la otra reside en el espíritu, es como el cogollo de las plantas, el extremo superior por donde siguen creciendo. (1)

"El rasgo céntrico y distintivo de los gritos animales es su relación con tipos-de-reacción específicos", dice la profesora de Laguna. "Un sonido característico acompaña o forma parte integral de cada actividad o actitud específica. Es la situación total y no una parte o elemento de ella que se proclama (o denota) por el grito animal". (*Speech*, págs. 30-33). Pero el lenguaje no deriva del grito animal. Hay un eslabón, tan perdido, entre el grito animal y el lenguaje humano como entre el simio y el hombre. La declaración, el mandato y la pregunta podrán ser las intenciones tanto del signo animal, como del símbolo humano, y sin embargo, cada cual pertenece a esferas de realidad diferentes.

Es la infinitud de la insatisfacción humana, el radical impulso creador de su espíritu, la irresistible atracción

(1) La profesora Langer define **denotar** como la relación del nombre y el objeto, y **connotar** como la relación del nombre y el concepto. (Cf. **Philosophy in a New Key**, Penguin Books, 1948, p 52).

El profesor Wendell Johnson llama la definición de los diccionarios, la definición verbal, INTENSIONAL, por contraste con la referencia directa al plano concreto, no verbal, a la cual llama EXTENSIVA (extensional). (Cf. **People in Quandaries**, N. Y., Harper, 1946, pp. 508-514).

del misterio, la perpetua actividad del sér que sabe para penetrar, dominar y comprender al sér que vive, al sér que simplemente existe, y al otro sér humano, lo que, en el curso de los milenios, produce el concepto, y con él, la palabra simbólica, y la estructura lingüística. Los antropólogos, filólogos, psicólogos y sociólogos, siguen trazando, por sus huellas, el origen y desarrollo del lenguaje; los predicadores, grupo formado por todos los humanos, se pierden en la lejanía, formando, transformando y reformando la lengua (de Laguna, pág. 55 y Cap. V, titulado "La Predicación").

Eduardo Sapir describe la lengua como "un método puramente humano, no instintivo, de comunicar ideas, emociones y deseos por medio de un sistema de símbolos voluntariamente producidos. La esencia del lenguaje consiste en asignar sonidos convencionales, articulados a voluntad, o sus equivalentes, a los diversos elementos de la experiencia. Los elementos del lenguaje, los símbolos que rotulan la experiencia, han de asociarse con grupos completos, con clases confinadas de experiencia, más que con las experiencias individuales de por sí. Sólo así es la comunicación posible, porque la experiencia particular reside en la conciencia de cada individuo y es, en rigor, incommunicable. Para hacerla comunicable ha de referirse a una clase tácitamente aceptada por la comunidad como idéntica. El elemento lingüístico "casa" es el símbolo, ante todo, no de una percepción singular, ni aun de la noción de un objeto particular, sino de un "concepto", en otras palabras, de una conveniente cápsula de pensamiento que abraza miles de experiencias diferentes y que está lista para admitir otras tantas. Si los elementos singulares del habla son los símbolos de conceptos, la corriente lingüís-

tica, el discurso, puede interpretarse como el registro de la estructuración de estos conceptos en su relación mutua". (Cit. de Laguna, pág. 18).

Esta cápsula filológica de Sapir a tanto monta: el lenguaje humano se produce por la íntima correspondencia de mundo, hombre y sociedad. El factor más dinámico, el primer móvil, resulta ser la compleja necesidad humana. El logro de su plenitud, en el sér humano, se alcanza sólo por la relación inteligente de estos tres extremos, pero la lengua es el instrumento indispensable. Tanto en su origen, como en su desarrollo, la lengua es producto e imagen de la naturaleza social del sér humano.

"Ha de considerarse el habla", dice De Laguna, "como eficaz para algo vital en la vida práctica del hombre, como realizando una función objetiva y observable, sólo así pueden discernirse los factores que han llevado a su desarrollo, y aun la fuente de su intimidad con el pensamiento". (pág. 10) "*La Función Objetiva y Observable*", que sólo la lengua puede realizar, es el ser instrumento para la relación de lo objetivo, mundo y sociedad, con lo subjetivo, espíritu humano, único modo de ir satisfaciendo la necesidad humana de sobrevivirse superándose.

"El habla", dice Susanne Langer, "es el sello de la Humanidad. Es el *terminus* normal del pensamiento". ("*Philosophy in a New Key*", Penguin Books, N. Y. 1948, pág. 36). A su vez, el pensamiento es el mediador entre la realidad objetiva y la lengua. En el lenguaje, como en otras formas simbólicas de expresión, se materializa el esfuerzo humano para transformar el mundo a su imagen. El esfuerzo cultural de la Humanidad, desde el primer vagido de su niñez, hasta las monstruosas luchas del presente, dejan huellas fósiles en las lenguas, como deja su muda la serpiente en el transcurso de su crecimiento.

“Un hecho”, ha dicho Karl Britton, “es, en esencia, una abstracción, y, sin embargo, está allí. Es objeto de la atención para la ciencia discriminatoria, para el darse cuenta en la presentación de su suceso, (de una situación). Un hecho es aquello contenido en las ocurrencias a lo cual respondemos de modo inteligente y culto, determinado en parte por nuestra comprensión de las oraciones. . . . Un hecho es aquello que obliga a disentir o asentir, sin necesidad de inferencias, y en conformidad con las reglas. (Se refiere a) las reglas formales de la lengua, que determinan la estructura de las proposiciones e indican de un modo general lo que una proposición es. Pero el hecho, lo que muestra la verdad de la proposición, es aquello contenido en los sucesos a lo cual yo respondo en forma análoga a la estructura de la proposición. ¿Puedo averiguar algo acerca del carácter estructural de los hechos, en sentido general, por el estudio de las leyes formales de la lengua? Sí, pero no en cuanto a la estructura general de los sucesos (o situaciones); porque puede responderse en infinitos modos a los mismos sucesos, y una persona que entiende la proposición, puede que lo haga a base de un número de actitudes ante el mismo suceso, con exclusión de otras. El suceso como tal carece de estructura. La estructura de la naturaleza aparece solamente para la mentalidad que piensa. Un mundo sin mentes sería un mundo sin estructuras, sin relaciones ni cualidades, en suma, sin hechos”. (*Communication, A Philosophical Study of Language*, Harcourt Brace, N. Y., 1939, págs. 204-206).

“La lengua”, según Sapir, “es, ante todo, una actualización de la tendencia a ver la realidad simbólicamente”. Es decir, el rasgo más característico de la mente humana —explica Langer—, es el poder para comprender

símbolos, para contemplar los datos sensoriales dentro de la estructura formal, el concepto, la forma abstracta, general, que no corresponde a un objeto, sino a todos los de su especie. El poder de abstracción consiste en reconocer el concepto en cualquier configuración presente a la experiencia. Así la relación entre la estructura verbal y su significado es una analogía. El objeto no es un mero dato de la experiencia, sino un esquema, una forma, con doble valor: de experiencia individual y de símbolo. Mientras más vacío de sentido inherente sea el símbolo verbal, mayor será su valor semántico. Los vocablos, en sí mismos, carecen de valor hasta el punto que, inconscientes de su presencia física, fijamos la atención en su valor translaticio, de mero cambio, en su sentido semántico. (Langer, págs. 58-59). La proposición ejerce la función de tercero, de mediador entre el poder de abstracción, fijador de sentido, y la vida, la realidad. La lengua expresa la captación del sentido de la realidad y de la vida; ayudando de ese modo, a esclarecer ambos, la realidad y el pensamiento.

Ya hemos visto, en capítulos anteriores, que si una proposición no puede referirse a una situación objetiva es falsa. Sin embargo, la frase, la canción y la rima sin sentido, conocidas en todas las lenguas y en todas las religiones, no dejan, por eso de tener un profundo valor expresivo. Sabido es que gran parte de las canciones, frases rituales y exclamaciones de los pueblos llamados primitivos carecen de sentido lógico; pero no de valor sentimental y simbólico. *Las Rimas de la Madre Gansa* fueron favoritas de mi hija, como de todo niño angloparlante. La primera vez que oyó en el fonógrafo "María tenía una ovejita", no fué aquello de

Porque María cuida y trata
 con amor a la ovejita
 y amor con amor se paga,

lo que cautivó su atención, sino una sola frase: *ly away*. Ella quería que repitieran la canción *ly away*. Nadie atinaba cuál podía ser, y hubimos de pasarlas todas, para desesperación de su impaciencia. Pero, tan pronto como sonaron los primeros compases de *Mary Had a little Lamb*, se iluminaron los tres años de sus pupilas, y palmotearon de alegría, hasta llegar al *she waited patient-ly away, ly away, ly away ly away*.

Sing a song of sixpence,
 a pocket full of rye,
 four and twenty blackbirds
 baked in a pie. . .

podrá tener un recóndito sentido político, como tal vez lo tenga *Alicia en el País de las Maravillas*, *Alicia a Través del Espejo* o *Don Quijote de la Mancha*, pero a mi Margarita, de tres años, lo que le interesaba era el graznido rítmico de los cuervos, y la aliteración del primer verso. "Mi compadre el Orejón" llega en Puerto Rico hasta el tigüero, palabra que puede hacer meditar al filólogo, por su color local, pero no a los niños que repiten en coro:

Mi compadre el orejón,
 muerto lo llevan en un cajón,
 el cajón era de pino,
 muerto lo llevan en pepino,
 el pepino era ciguato,
 muerto lo llevan en un zapato,
 el zapato era de cuero,
 muerto lo llevan en un tigüero,

el tiguero era bendito
muerto lo llevan los angelitos.

Cuando yo era niño aprendí aquello de:

Mañana es domingo
de San Garabito,
de pico de gallo,
de gallo mondero,
me encontré un Señor
vendiendo romero;
le pedí un chispito
para mi pollito;
no me lo quiso dar;
me puse a llorar,
al pie de un rincón
y cogió un bastón
y me hizo callar,
y yo cogí otro
y lo hice volar.

Lo repetía y lo repetía incansablemente en la imaginación, y de vez en cuando lo enmendaba:

Me puse a llorar
al pie de una esquina,
y cogió una espina
y me hizo gritar.

A veces he pensado que la glosolalia, o lenguas angélicas, a que se refiere el apóstol, son de la misma índole de este lenguaje sentimental, aunque sin sentido lógico. El ritmo, la aliteración, y muchos otros elementos de esta expresión verbal se conservan en el lenguaje lógico, y es posible que sea este género de lengua uno de los antecedentes remotos de toda habla. Los estudios de Jean Piaget sobre la lengua y el pensamiento del niño en su etapa prelógica parecen señalar en esta dirección.